
Historia

Significación del 80

ENRIQUE M. BARBA

NACIDO EN LA PLATA en 1909. Se graduó de profesor de historia argentina en la Facultad de Humanidades de La Plata en 1932 y de doctor en historia en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en 1934. Actualmente es decano de la Facultad de Humanidades de La Plata. En esta casa de estudios es asimismo profesor titular de historia de América (II) y director del Instituto de Historia Americana. Profesor titular de historia económica americana y argentina en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires. Profesor interino de historia económica en la Facultad de Ciencias Económicas de La Plata. Miembro titular de la Academia Nacional de la Historia. Ex profesor de historia argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. OBRAS: Don Pedro de Cevallos (La Plata, 1937) y Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López (Buenos Aires, 1958), entre otras.

LA década del 80 significó, en nuestra historia, un planteo insólito de la realidad nacional. La generación que tuvo a su cargo tal tarea abrevó ideológicamente en la entraña nacional y en la experiencia foránea, muy especialmente en ésta. Echó las bases de una nueva Argentina, atando la vieja y tradicional a una nueva, llena, la última, de optimismo y confianza en el porvenir. La nueva Argentina, ingenua y agresivamente orgullosa por el progreso que mostraba y el destino que presentía, había crecido desmesuradamente. Tan súbito había sido que parecía padecer una crisis de crecimiento. No sólo se dilataba el ámbito geográfico con la conquista de sus fronteras que daba al país definitivo perfil. Tanto como la frontera física se había dilatado por el norte y por el sur, así también se habían rebalsado las fronteras espirituales. En todas las manifestaciones de la vida la sociedad de aquella época sintió un intenso sacudón, planteándose nuevas soluciones tanto en lo político, como en lo cultu-

ral y en lo económico. En lo cultural la generación se nutrió en el positivismo, en sus aspectos científicista y naturalista. Aun en los que parecían menos tocados por el positivismo, sus palabras denuncian el contacto con lecturas vitandas. Pues es nada menos que Manuel Quintana quien en la famosa convención reformadora de 1870 pronuncia estas palabras: "La Constitución de la provincia de Buenos Aires, menos que cualquiera otra, podía escapar a *la ley del progreso indefinido*" (Sesión del 23 de mayo de 1870). En esa misma convención el novelista Cambaceres demuestra cuán profundamente habían echado raíces las influencias liberales de tales doctrinas. "Partidario ardiente de la libertad en todas sus manifestaciones —dice— he de estar en el sentido de la más completa separación de la Iglesia y del Estado" y en medio de "bravos y ruidosos aplausos de la barra" pide que se sancione de una vez por todas la libertad de cultos. (Sesión del 25 de julio de 1871).

En punto a la ciencia, la generación del 80 es hija de la década anterior. En 1872, a iniciativas del Estanislao Zeballos, se fundó la *Sociedad Científica Argentina*. Dos años después aparecen los ANALES CIENTÍFICOS ARGENTINOS. Por esos años se suceden los trabajos sobre las ciencias del hombre, de Burmeister, Francisco P. Moreno, Holmberg y Ameghino. En 1879 se crea el Instituto Geográfico Argentino. El Darwinismo y su teoría de la evolución habían entrado de lleno en la ciencia argentina. Inmediatamente de conocerse la noticia del fallecimiento de Darwin (20 de abril de 1882) la Sociedad Geográfica Argentina se reunió para oír a su Vicepresidente don Ramón Lista quien disertó sobre: "la célebre teoría transformista" del sabio desaparecido. El 19 de mayo de ese mismo año se llevó a cabo en el Teatro Nacional un gran homenaje a la memoria de Darwin. La crónica de la Nación del día siguiente se expresa en los siguientes términos: "anoche a las 7 y 1/2 dos bandas de música se hallaban delante del Teatro Nacional y una multitud compacta llenaba la calle. Familias distinguidas, literatos de nota, los miembros del Círculo Médico en masa; en suma un número de personas ilustradas pocas veces o ninguna reunido entre nosotros, ocupaba el teatro. El Señor Novaro ocupó la tribuna y leyó algunas palabras sobre el objeto de la reunión, cediendo enseguida la palabra de los señores Sarmiento y al naturalista Holmberg".

Esta generación que asistía asombrada a la revolución que se operaba en las ideas apeló a la historia buscando en ella la raíz del destino nacional. Diferentes temas y tendencias se encuentran y hasta cho-

HISTORIA

can y distintas generaciones prestan su concurso a favor de la dilucidación de nuestro pasado. Esta es, por excelencia, la década de la historia. Se amplían los temas, se define claramente el carácter científico de la historia, perfeccionando el método de investigación y proclamando el espíritu crítico. Tal fue la tarea de Carranza, Fregeiro, Vicente Quesada, José María y Francisco Ramos Mejía y, sobre todos, Mitre y López, con sus obras fundamentales y su famosa polémica. Ante las muestras de estos maestros, los argentinos, orgullosos de su presente y seguros del porvenir agregaban a su admiración la riqueza emotiva de su pasado.

También en lo que concierne a la educación secundaria los hombres del 80 son hijos ideológicos de la década anterior. La Escuela Normal del Paraná, cuya base filosófica debe buscarse en Spencer, se fundó en 1870. "De Paraná y a través de las Escuelas Normales que se crean en todo el país, el positivismo educacional irradia a las sucesivas generaciones de maestros argentinos que contribuyeron con su aporte a la redención pedagógica de la Nación" (*Rodríguez Bustamante en REVISTA DE HISTORIA, N.º 1, P. 97*). En la provincia de Buenos Aires el gobernador Castro encargó a Juan M. Gutiérrez el 14 de diciembre de 1871 un proyecto de ley orgánica de instrucción pública. Gutiérrez lo presentó el 9 de enero siguiente y fue pasado a estudio de José Barros Pazos, Vicente F. López, Marcelino Ugarte, Francisco Pinedo y Manuel Quintana.

La literatura mostró hasta que punto había sufrido la influencia del naturalismo de Zola.

Por primera vez en la historia argentina se hacía efectivo el predominio de los políticos del interior respecto a Buenos Aires. Aunque el predominio fue más aparente que real el hecho provocó la ingenua satisfacción de los provincianos que se restregaban las manos al creer vengados, con la aparente sumisión, viejos agravios. La transitoria humillación se producía en el instante mismo que ello convenía a los intereses materiales de la oligarquía porteña. Creyendo haber consumado la unión nacional sobre la base del federalismo los hombres del interior, en 1880, abatieron a la única provincia respetada de la nación y cimentaron la metrópoli que erigió definitivamente el sistema centralizador y unitario acariciado desde siempre por la clase mercantil de Buenos Aires. Como lo han visto investigadores nacionales y extranjeros, el triunfo aparente de los provincianos del interior al mutilar a la provincia de Buenos Aires e imponer la federalización de la

ciudad epónima se transformó bien pronto en una victoria de la ciudad del puerto que siguió manejando con manos provincianas los intereses de todo el país. En un momento el provinciano de Buenos Aires que era Alem vio el problema con claridad. Al viejo instrumento de dominación: el puerto con su aduana, agregaban ahora, los de Buenos Aires, el ferrocarril, trazado de acuerdo a sus intereses inmediatos o a los de su aliado el capitalismo inglés. Todos los centros productores comunicados con Buenos Aires pero incomunicados entre sí.

II. Argentina hasta la caída de Rosas es, por su legislación, de corte típicamente colonial. Los códigos nacionales fueron dictados bastante después del 52. Etnicamente está integrada por población criolla con ingredientes españoles, franceses e ingleses, dominando éstos, desde Buenos Aires, la economía nacional. La riqueza del país estaba dada casi exclusivamente por la ganadería. Su población hacia 1869 de 1.800.000 habitantes de los cuales 177.000 estaban radicados en Buenos Aires. En 1895 la población de la República alcanzó a 4.044.911 habitantes de los cuales 663.854 eran de la ciudad de Buenos Aires, que en 1887 contaba con 433.375 habitantes. En lo que concretamente se refiere a la década del 80 las cifras del desarrollo material de la Nación son las que siguen: en 1880 las importaciones sumaron 45.535.800 pesos oro, llegando en 1889 a 164.569.884 de pesos oro. Las exportaciones para esos años fueron de 58.380.787 y 90.145.355 de pesos oro, respectivamente. Las rentas de la Nación para esas fechas fueron de 19.594.306 y 38.165.506 de pesos oro, respectivamente. En 1880 los ferrocarriles tenían una extensión de 2.313 kilómetros y en 1889 llegó a los 9.254 kilómetros. En 1880 entraron al país 41.561 emigrantes, haciéndolo en 1889 unos 260.900.

III. ¿Qué fue lo que transformó tan profundamente la organización política argentina durante este período? El pulso nacional pareció latir más aceleradamente. El ritmo histórico de tal instante vivió de prisa y consumó una evolución en la que el ingrediente más constante fue la inmigración que transformó las vigorosas clases sociales en las que parecía dividido el país. ¿Y cuáles eran tales clases sociales y cuál su transformación?. Aquí radica el nudo de uno de los problemas históricos de mayor evento. En la investigación del problema poco valimiento tendrán, para su elucidación, los esquemas clá-

HISTORIA

sicos y foráneos. Investigar las clases sociales constituye el primer problema, en lo cronológico y en la importancia, de la historia a que nos referimos en este momento. Podemos decir sujetándonos a cualquiera rectificación, que la más elevada, la oligarquía, ganadera y terrateniente por su origen, constituyó algo así como la aristocracia del dinero, con gustos fastuosos y la mirada puesta en Europa, principalmente en Londres para sus negocios y en París para sus gustos. En lo bajo, un proletariado urbano y rural que sin conciencia de clase sólo percibía su afinidad a través de sus mismas necesidades y su misma desheredad. ¿Lo que quedaba en el medio, puede valaderamente llamarse burguesía? Lo constituían los intelectuales, profesionales y un sector acomodado proveniente del comercio y una muy incipiente industria. De pronto aparece el inmigrante. Totalmente desprovisto de prejuicios el inmigrante cambió enseguida la estructura social. En un ambiente lleno de prejuicios el inmigrante no los conoce. La coacción y la inhibición que en él podían producir la sociedad ha desaparecido. El pertenece a una sociedad que ha dejado océano por medio. Cualquier trabajo le parecerá bueno con tal de enriquecerse, sobre todo en un momento en que enriquecerse parece ser la consigna. Soportará sin quejas, aunque de seguro con amargura, la burla de los de abajo y de los de arriba. Y también de los que han quedado en el medio. En *Martín Fierro* observamos las burlas que sufre el gringo.

IV. El hijo enriquecido de inmigrantes se vengará de las afrentas sufridas por el padre y querrá deslumbrar a la sociedad con su boato. Epicureos y muchas veces rastacueros contribuyeron, sin embargo, con su afán de lujo y de ostentación a cambiar el aspecto de la "gran aldea" en una de las capitales más importantes del mundo latino. "El interior doméstico hasta entonces más decorado por el recuerdo de los antepasados, y por la virtud y lo útil, que por lo sensual, se vuelve ostentoso; cuadros, mármoles, bronces, tapices, decoran los salones; las victorias, landós y cupés de la época, con troncos de caballos de la raza Orloff, monopolio de los zares de Rusia, cruzan calles y paseos. Todo lo que imita al refinamiento de los viejos pueblos es adquirido más por novelería que por comodidad o buen gusto, bajo la incitación de comerciantes voraces que explotan la candidez lugareña". (*Balestra*: EL NOVENTA).

V. La conquista del desierto, en 1879, significó la coronación de un

doble empuje: el que daba al país todo, sin divisiones ni partidos, que señalaba inexorablemente la ruta hacia la Patagonia, en rehenes de los indios y sobre la cual Chile acariciaba injustas pretensiones y el otro, el que sumaba la clase ganadera. Los hacendados de Buenos Aires necesitaban defender sus tierras de las depredaciones del indio y de seguida conquistar otras nuevas en poder de los amos del desierto. La burguesía terrateniente empujó entonces hacia las rutas del sur y exigió que la frontera se fijara en Río Negro. Los intereses de esa burguesía coincidían en parte con los de la provincia de Buenos Aires y con los de la Nación, aunque en aquel momento su poder económico y político no significó del todo una fuerza totalmente progresista. Obstaculizaron el avance de la agricultura. Alvaro Barros, p. ej., que bregó por el traslado de la frontera, hacendado porteño, senador en la Cámara de la Provincia de Buenos Aires, (1875), se agita nerviosamente en su banca cuando oye hablar de las ventajas de la agricultura. *The Standard*, órgano de la colectividad británica, se alarma ante el avance de la agricultura que pese a todos los inconvenientes que se oponen extiende su influencia. Los cuantiosos intereses ganaderos de los británicos pueden apreciarse en el libro *MANUAL DE LAS REPÚBLICAS DEL PLATA*, (Buenos Aires, 1867) escrito por M. G. y E. T. Mulhall, redactores del periódico arriba señalado. Eran tantas las estancias que poseían los ingleses que no es exagerado afirmar que podían llegar por tierra propia desde Buenos Aires hasta Patagones.

Como consecuencia de la conquista del desierto, para financiarla, primero, y como resultado de la especulación después, se formó o se robusteció la aristocracia terrateniente de Buenos Aires. Además de la posesión de la tierra la oligarquía terrateniente porteña cifraba su poder en las grandes reservas de inmigrantes de las que podía disponer aprovechando lo barato de la mano de obra. Pese a las grandes contradicciones económicas el país progresó notoriamente. Tenía razón Roca cuando en 1883, en su mensaje al Congreso, decía que el país no había conocido hasta ese momento una época de mayor bonanza y prosperidad. "Todas las fuerzas vivas del país, todas las variadísimas fuentes de riqueza que encierra, se desarrollan con un arranque y vuelo extraordinario al amparo del crédito y la confianza general".

La oligarquía terrateniente es naturalmente libre cambista y se oponía a tarifas protectoras que no le interesaban. Vicente Fidel López y Carlos Pellegrini, con la pertinaz oposición de la clase domi-

HISTORIA

nante propusieron leyes de protección a la agricultura. En su famoso discurso de 1875, Pellegrini, en la Cámara de Diputados de la Nación propició el desarrollo industrial del país sobre la base del proteccionismo. Recordó al parlamentario inglés que decía: "Yo quiero, sosteniendo mi doctrina del libre cambio, hacer de Inglaterra la fábrica del mundo y de la América, la granja de Inglaterra". Y observando que se estaban cumpliendo tales previsiones preguntaba: ¿Qué produce hoy la provincia de Buenos Aires? Sólo produce pasto y toda su riqueza está pendiente de las nubes.

Como consecuencia del invento del frigorífico la economía argentina basada, repetimos, casi exclusivamente en la ganadería cobró un impulso superior al cálculo más optimista. En 1883 se instaló en San Nicolás el frigorífico "Terrasón" y enseguida otros establecimientos similares. En 1884 la exportación de carne a Inglaterra llegó a cifras extraordinarias.

VI. Llegamos al momento de mayor prosperidad. Prosperidad falaz que al beneficiar a muy pequeños sectores tendría duración efímera. Del progreso alcanzado en pocos años hablaba Roca en su mensaje al Congreso de 1885. "Si se ha gastado mucho —decía Roca— ahí está como capital activo de la Nación, los ferrocarriles concluidos o a concluirse, los telégrafos, puertos y puentes, los millares de leguas conquistadas al salvaje, los edificios y obras exigidas por la evolución, el aumento rápido de los productos agrícolas, los rebaños de ganado mejorando su clase y multiplicándose al infinito, la inmigración que aumenta cada día y mil industrias que nacen y se desarrollan con fuerza en todo el país".

"Los hombres del 80, en general, —dice Alejandro Korn— acogieron con simpatía la doctrina agnóstica y evolucionista de Spencer sin dejar de informarse en las corrientes afines del movimiento universal. Siguieron de cerca la fase psicológica del positivismo, siempre más interesados en las aplicaciones políticas, jurídicas, sociales o pedagógicas que en la dilucidación de los principios abstractos. Con horror de la metafísica, sin fervor religioso, aceptaron como un dogma la subordinación de las ciencias psíquicas a las naturales, profesaron las tendencias individualistas del liberalismo inglés, proclamaron las excelencias del método experimental, alguna vez lo emplearon y en toda ocasión se distinguieron por un criterio recto y honesto".

Sin embargo, y como apunta el mismo Korn, los hombres de es-

ta generación, “absorbidos por la cultura europea no valoraron las fuerzas ingénitas del alma argentina y buscaron remedios exóticos para nuestros males. Mentalidades de gabinete, nunca se identificaron con el sentir de las masas”. Y en esto reside la radical frustración política de los hombres del 80. Su tarea ha quedado como un programa trunco que aún corresponde realizar. Su fe en los destinos del país, su incansable laborar en favor del pueblo no bastaban para llevar a Argentina a la realización de su destino. Era necesario creer firmemente en el pueblo, acercarse a él, sacar nuevas fuerzas de él. El más chispeante del grupo, Eduardo Wilde, consideraba al sufragio universal como el triunfo de la ignorancia universal y a la democracia como el gobierno de los más, es decir —para Wilde, naturalmente— de los menos aptos. Sin embargo algunos liberales le perdonan todo eso por que a cambio de tales afirmaciones consideraba que la religión es un cúmulo de necesidades con olor a incienso. Esta última es la razón de la postura de Wilde y su grupo al oponerse en 1884 a la enseñanza religiosa. Pero las anteriores afirmaciones también constituyen la razón por la cual toda la generación del 80 vivió en lo político a contrapelo de la realidad nacional. Desde Roca y mucho más acentuadamente desde Juárez Celman en 1886 la vida política en lo que se refiere a la intervención popular en la cosa pública, se caracterizó por la corrupción más flagrante. “El desorden no se cotiza en la Bolsa de Londres” fue la fórmula que esgrimió Roca para acallar la voz popular. El “Unicato”, servido por el Partido Autonomista Nacional, (P.A.N.) significó la jefatura indiscutible del presidente de la Nación sobre todos los gobernadores de provincias. El 90 fue la respuesta histórica y popular dada a la escéptica generación que forjó la grandeza nacional durante los años anteriores.